

OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Quadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tres meses 9 reales, seis 16 y un año 20.
PROVINCIAS:—Tres meses 10 reales, seis 18 y un año 24.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.
AMÉRICA:—Seis meses 38 reales y año 70.
FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

¿CON QUE SOY ATEO?

El CASCABEL está de pésame. El CASCABEL ha sabido con asombro que le andan royendo los zancajos por si es ó no es de los que han sido, de los que son, ó de los que quieren ser.

Vamos á cuentas.

Ateo en política debe querer decir:—No encuentro entre todos los políticos de España uno que tenga las condiciones necesarias para que yo le adore como á Dios de la política.

Esto es verdad. El CASCABEL no cree que existe en España ese dios político.

El CASCABEL ve y sabe que hoy España está dividida, no en partidos, sino en *partidas*, partidas á cuya cabeza se coloca un ambicioso que aspira al poder, tan solo con el objeto de repartir entre su hueste, á guisa de botin, unos cuantos

hombres y todos los destinos, desde el de ministro hasta el de estanco.

A un militar sucede ó quiere suceder otro militar para mandar un pueblo como se manda un regimiento, y sin otro mote en el escudo que *Omnia pro dominatione serviliter*.

El CASCABEL prefiere ser atento á ser político, y si ha depositado 5.000 duros, no ha sido para venir al campo de la política, de esa candente hoguera, como un tizon más que avive el fuego, —¡cómo si hubiese ya pocos!—sino para poder decir cuatro verdades á todos.

Desea ser la expresion fiel del pueblo, que, en su inmensa mayoría, no es más que la masa sencilla y honrada de ciudadanos que viven de su trabajo y que no toman á pechos el que suba Juan y baje Pedro, porque saben que Pedro y Juan han sido á cual peores, segun ellos mismos han procurado probar en cuanto han sido poder.

Los hombres honrados para quienes nosotros pedimos el poder, lo son aquellos que ántes de meterse á aspirar á la diputacion pudieran ser buenos diputados, porque sus condiciones les permitieran ser independientes y dignos, y no coristas comparsas de la comedia gubernamental. Coristas que dicen *si* porque el ministerio de su *partida* así lo manda, y que al día siguiente dicen *no*, porque tambien lo exige la *partida*.

¡Qué hombre de bien dice en la oposicion *Economías*, y en el poder *Gastemos más!!!*

Si un hombre que ha sido hombre de bien llega á ser ministro y quiere hacer eso.... ya no es para él para quien nosotros deseamos el mando.

¿Hay en España hoy un partido digno, sincero, que quiera el bien de su país sin la mira de colocar de altos empleados á escritores, que truecan por un mísero destino su honrosa profesion?

LOS ENAMORADOS.



EL AMOR ENTRE BASTIDORES.

¿Qué partido mantendría, como en otros países sucede, toda la Administración, alejándola de la lucha en que solo sale perdiendo el pobre país, que ve con asombro subir y bajar en meses, ministros directores y porteros, ya manden unos ya otros?

¿Se quiere que nosotros digamos: —«Los unionistas son malos, los moderados también, los demócratas ó los progresistas lo harán mejor?»

¿Por qué lo hemos de decir, si la experiencia nos ha enseñado que todos son peores? Cuando vengan y lo prueben, entonces tomaremos bandera y diremos: «*He ahí nuestro bello ideal.*»

Pero nos cansamos en vano. Es error general suponer que solo hay anarquía ó tiranía, blanco ó negro.

Puede un periódico, y en los tiempos que corremos así creemos que debe obrar, ser juez imparcial para todos, y para ser imparcial es preciso no empezar por *parcializarse*.

EL CASCABEL juzgará á todos con arreglo al criterio de cada uno, y cuando le vea consecuente, le aplaudirá, cuando inconsecuente le censurará.

¿Cuál es la norma del juez?

La Justicia. ¿Y es preciso al juez suponer que entre Juan y Diego, Juan debe tener siempre razón y Diego nó? ¿Y si no es así?...

Desengañémonos; EL CASCABEL sigue imperterritito su marcha, no quiere afiliarse en ningún partido especial, representa el sentido común del país, que cree con él que *nadie*, absolutamente *nadie*, tiene fuerza para dominar el cataclismo que nos amenaza, y al que por desgracia han contribuido *todos*, absolutamente *todos* los hombres políticos que hasta hoy han regido sus destinos.

Conviene que diga EL CASCABEL una y otra vez que no pertenecemos ni queremos pertenecer á partido alguno de los que hemos conocido en el poder, pero que nos pondremos de parte de quien gobierne económica, honrada y patrióticamente, llámese como quiera, y le volveremos la espalda el día que no siga el camino derecho.

La situación en que nos hallamos justifica perfectamente la actitud de EL CASCABEL en la prensa, y el recuerdo de los errores de tanto Gobierno como aquí ha habido, y el tristísimo de tanta sangre y tantas lágrimas como han costado los hombres políticos que hasta hoy han intervenido en la cosa pública, nos obligan más y más á continuar por el camino que nos hemos trazado.

Y no somos solos; la gran mayoría del país está cansada, no de los partidos, compuestos todos de gente honrada, sino de los gobernantes y de los *bons vivants* políticos.

Creemos que interpretamos el sentimiento público, y de ello tenemos pruebas evidentes; nuestras ideas, aunque vulgares y todo lo que quieran algunos, son las de muchas personas ilustradas.

¿Y se dice que esto es ser indiferente á los males de la patria!... No somos nosotros los que no lamentamos esos males, los que no los sienten son los que los producen, los que explotan á la patria, los que la han traído al lastimoso estado en que se encuentra, los que son responsables de tanta sangre vertida inútilmente.

Nó, no queremos pertenecer al partido manchado con la sangre de Riego y otras mil y mil víctimas; no queremos formar en el partido que en el poder fusiló al bizarro Leon, Montes de Oca, Boria, Gobernado, Quiroga y muchos más; no queremos pertenecer al partido que reconoce por jefe á don Ramon Maria Narvaez, durante cuyo mando tanta atrocidad se ha hecho, inclusa la de fusilar á algun herido, llevado al suplicio en un colchon; no queremos pertenecer á la Union liberal, que nos acordamos de los dos jóvenes de Baracaldo, de los agarrotados en Loja, de los sargentos y el capitán Espinosa, y del desdichado zapatero Bernal; no queremos ser demócratas, porque no queremos para la patria mayores males, y estimamos que no ha llegado en España, ni puede llegar en mucho tiempo, el día de la democracia.

¿Y no tenemos bandera!... Nó, no seguimos á ningún partido en sus extravíos, no queremos aplaudir públicamente lo que nuestra conciencia repruebe, no queremos incurrir en exageraciones, no queremos odiar á nadie ni vengarnos de nadie, no queremos, en fin, contribuir de ninguna manera á los males que la patria está hoy tocando.

Con aquel que los remedie de una manera enérgica y duradera, con aquel estaremos nosotros.

Concluimos como la cotorra de la fábula.

Ateo en política, y á mucha honra.

CARTA

QUE DIRIGEN CIEN DONCELLAS AL GOBIERNO.

Vaya, está visto, señor Gobierno, que se ha propuesto V. acabar con nuestra paciencia y con nuestro buen humor, que lo tenemos, mal que le pese á V., porque como no hemos gobernado nunca, ni nos importan tres cominos todas esas trapisondas de la política, está nuestra conciencia muy tranquila. Nunca nos hemos ocupado en si gobernaba Juan ó Pedro; pero ahora, las cosas han llegado á un extremo tal, y tal es nuestra situación, que estamos deseando que nos digan que ha dado V. la gran caída, como la tendrá que dar al fin y al cabo, porque esa es la suerte de todos los Gobiernos. ¿Cuándo demonios se larga V. con viento fresco? Todos los días leemos *La Correspondencia*, á ver si dice que ha resuelto V. pasar á mejor vida que la ministerial; pero ¡que si quiere! lo que dice *La Correspondencia* es que son VV. los ministros poco ménos que unos santos, y lo que hace es dar á V. jabon, aunque por mucho jabon que le dé no se le quitarán las manchas que tiene.

Estamos desesperadas, mire V.; de cien que somos ni una ha podido casarse este año, y no crea V. que es porque no tenemos novio, que si lo tenemos todas, y aun alguna tiene más de uno para escoger; pero las *circunstancias* aplazan indefinidamente los casamientos, que acaso ya se habrían verificado á no ser por las malditas circunstancias.

Figúrese que las que tenemos novios que tienen el honor de ser militares, desde que nuestro amigo Prim salió á cazar, estamos con el alma en un hilo, porque apenas tienen los pobres tiempo de vernos, y al fin y al cabo, si hubiera algo, si saliera la gorda, ellos correrían peligros, que nosotras no queremos que corran, porque así como nos enorgullece que los que nos amen vayan á combatir á enemigos de la patria, no podemos ver en calma que en las calles combaten los hijos de una misma patria, por si ha de mandar Gilito ó Periquito. Y luego, aunque ellos valientes y generosos en el amor como en la guerra, quisieran casarse, nuestros papás y nuestras mamás tienen miedo, y quieren dar largas, y vea V. por dónde las bodas de una infinidad de muchachas bonitas, aunque nos esté mal el decirlo, que despues de todo es una verdad, están sujetas á las circunstancias políticas. Esto no se ha visto nunca, y esto clama al cielo. Aunque no fuera más que por esta consideración, debía V., señor Gobierno, irse con la música celestial que le acompaña á otra parte, como se fué el día de la procesion del Corpus aquel señor brigadier que en Badajoz queria ser el principal personaje en la citada procesion.

Y no crea V. que las que tenemos relaciones, como dice la gente *curse*, ó *hablamos*, como dicen las criadas, con paisanos, estamos mejor y tenemos mejor salida que las que deseamos tener por suegros á Marte y Belona, nó, señor, desgraciadamente. La clase de paisanos está compuesta de empleados, esta es la gran mayoría, artistas, vagos, muchachos ricos, que son todos los solteros que tienen dinero, aunque tengan sesenta años, y hombres de carrera, que no les mueve nadie á casarse, como no sea por el ruin interesillo. Nó, señor, indino Gobierno, tampoco los paisanos se dan á partido, porque dicen que las circunstancias no son para casarse, y adquirir obligaciones. Los empleados no se casan porque no tienen seguridad en sus destinos ni en sus sueldos, puesto que V. por su boca y la de *La Correspondencia*, les amenaza una vez con el descuento, otra con suprimir la quinta parte de los empleos, y por consiguiente, de los empleados, y temiendo estamos que pida V. autorización para suprimir hasta el modo de andar.

¡En fin, que por nada de este mundo se casa un militar, ni se casa un paisano! No se casa nadie mientras esto no varíe. Esto es V., señor Gobierno: ya que no hace V. caso de los consejos de los periódicos, ni de los *desinteresados* de los que quieren ocupar el lugar de V., sea V. galante y no deje de marcharse tranquila y pacíficamente, con lo cual hará V. un gran servicio al país, facilitará V. la realización de muchos matrimonios, y ganará V. con este motivo algunas bendiciones, — y acaso también algunas maldiciones.

A ver si así vuelve todo á su estado normal, y salimos nosotras de esta situación en que nos tienen las pícaras circunstancias.

¡Jesús! ¡Señor! ¡si esto parece el fin del mundo!... Nuestros padres están que se les puede ahogar con un pelo de Narvaez, y no piensan en otra cosa que en *reducirse*, y todo por efecto de las pícaras circunstancias. Pásmese V., señor Gobierno, el día del Corpus pocas de nosotras han podido estrenar traje para lucirlo en la carrera de la procesion. Esto no ha sucedido nunca, este prueba evidentemente que V. es un mal Gobierno, y que con V. no hay que esperar otra cosa que desazones y miserias. Las que ántes vivíamos en piso principal, estamos reducidas á piso segundo, á tercero, y algunas á sotabanco. Figúrese V. si le tendrá á V. ganas la que estaba ántes todo el día en el balcón de un piso principal, cautivando cuantos corazones pasaban por la calle, y esperando á las dos á un capitán que pasaba luciendo el garbo por la acera de enfrente, á las tres á un estudiante de leyes, á las cuatro á un empleado en la Deuda, á las cinco á un oficialito de administración militar, también con su uniforme, á las seis al hijo del conde de la Higadilla, montado á la inglesa en un caballo largo y estrecho, á las siete á un periodista de oposicion, y á las ocho á un viudo con dos casas en la calle de Alcalá, y terrenos en Tetuan y en Chamberí, y

á otras horas á otros tantos galanes de todos tamaños y condiciones, y ahora está la pobre condenada á ver desde la ventana del sotabanco la cara alligada del cesante que vive enfrente, los moños de una vieja verde que vive también enfrente, y escribe novelas, y versos, y tonterías, y se sale á la azotea á escribir, los pañales del alguacil, digo, de los gemelos que tiene el alguacil que vive en la guardilla, y las variadas escenas de amor rabioso que representan en todos los tejados los infinitos gatos y gatas de la vecindad.... Otras, aun más desgraciadas, han pasado de los cuartos que dan á la calle á los cuartos interiores, en los que no tienen otro recurso que asomarse á la ventana que da á un patio, donde no se ve mas que maritornes y asistentes que sacan agua del pozo, ó colchoneros que varían la lana de matrimonios ya hechos, ó los chicos de la portera, que todos los días se rompen las narices y la cabeza, cuando no se caen al pozo, ó se rompen la ropa, y su madre los da azotes á la intemperie y con asistencia de toda la vecindad en las ventanas, y en fin, algun ciego que entra á ver quién le manda rezar por algun ajusticiado, y sobre todo, quién le echa dos cuartos, para ir juntando para un panecillo, y un cuartillo, y un cigarrillo.

Ya no hay que pensar, las que no tenemos una gran fortuna, en ir, como otros años, á tomar baños de mar. ¡Como no nos bañemos en el mar de la Virgen del Puerto! Ya no tendremos este año á aquellas deliciosas *soirées* de los establecimientos de baños: ya no nos reiremos de los trajes de las unas y de las pretensiones de las otras; ya no bailaremos con esa caterva de pollos *fashionables* que nunca faltan en los salones de sociedad de los establecimientos balnearios; ya no luciremos el pie, y todo por las malditas circunstancias políticas.

Vea V., señor Gobierno, con cuánta razón pedimos á V. rendidamente que se retire á buen vivir, porque, con franqueza, viviendo así, ni V. vive bien, ni deja vivir á los demás. V., con sus autorizaciones, sus desvíos, sus cupones y su poco dinero, ha venido á introducir la perturbacion en el seno de las familias, porque nosotras, las que dirigimos á V. la presente, aunque muy de mala gana, nos reducimos y nos resignamos; pero todas las mujeres no son iguales, y vaya V. á calcular las consecuencias que puede traer la escasez en alguna familia acostumbrada á vida holgada y regalada. Muchachas hay que á toda costa querrán continuar gastando diez ó doce trajes al año, y no se harán cargo de las circunstancias políticas.... V., señor Gobierno, será con su temeridad responsable de las disensiones que pueda haber en las familias, de los ataques de nervios que sufran no pocas muchachas bonitas y consentidas, de los disgustos y desazones que estas den á sus padres, que como esta de tal manera desarrollada la afección al lujo y á hacer cada cual lo que se le antoja, no está muy preparada cierta parte de la sociedad á sufrir la penuria y á resignarse á la economía y á la prudencia.

Y libbrele Dios á V., señor Gobierno, de que las mujeres hagan lo que no han hecho nunca, que es sublevarse contra el Gobierno establecido, porque nosotras no salimos á la calle á alborotar, ni subivamos regimientos; pero si empezamos á hablar mal de V. y á clamar contra sus actos, y sobre todo, á burlarnos de V., hemos de hacerle caer con todo el peso del ridículo encima, y tendremos de nuestra parte á militares y paisanos.

Esto no lo haremos, porque firmemente creemos que será V. tan galante, que nos complacerá en esta ocasion. Si así lo hace, le prometemos á V. hacerle siete regalos u ocho para sus ministros, por ejemplo: al de Guerra le regalaremos una petaca para que meta en ella á los *puros*, — como si dijéramos, á los progresistas furiosos, que tanto le gustan á S. S.; al de Ultramar, e interino de Hacienda, le bordaremos en un pañuelo un pan-liberalismo; al de Fomento le haremos unas zapatillas, y en ellas le bordaremos el abecedario, emblema de la instruccion pública, que depende de su ministerio; al de Estado le haremos un par de guantes, para que con ellos disimule la falta de sus manos, cuando se las corte por lo de los cupones; al de Gracia y Justicia le regalaremos una sonrisa, que tendrá más gracia que su ministerio; al de Marina le bordaremos un pañuelo con sus iniciales, y en las puntas le pondremos el puente de Fuentidueña en una, en otra la sala donde durmió en la Alcoba, pueblo por donde pasó cuando iba detrás del amigo Prim, en otra una brújula, y en otra un águila; y por último, al dimisionario de Hacienda le regalaremos una aritmética, por si vuelve á caer en la tentacion de serlo otra vez.

Quedamos, pues, en que se irá V. lo más pronto posible, porque si nó, han de oírnos los ministros, como si dijéramos, los sordos. — Siguen las firmas.

HISTORIA DE UN HOMRBE HONRADO.

(Conclusion.)

El relato de Julia me iba interesando tanto, que me atreví á preguntar:

—¿Y dijo, por fin, de lo que se trataba?

—Nó, señor, solo me ofreció la consoladora esperanza de poder encontrar la felicidad, que tanto ambiciono para mi Carlos y para mis hijos. Confieso que no dejé de sorprenderme una proposicion tan halagüeña como inesperada; pero atribuí mi sorpresa á la desconfianza natural con que miramos los cambios de la suerte los que en el mundo pasamos por desgraciados. Carlos, á quien informé momentos despues de todo lo ocurrido, aumentó mi desconfianza, porque apenas leyó la *targeta*, exclamó:

—Este muchacho ha sido siempre un tarambana, y dudo mucho que haya un solo átomo de formalidad en ninguno de sus proyectos. Mañana, sin embargo, no faltare á la cita.

—¿Comprende V. ahora, — me dijo Julia, — el por qué de mi impaciencia?

no desmayes, y ten por seguro que el Dios de las misericordias hará sentir algún día su justa indignación sobre los que hoy, al verte pobre y honrado, te compadecen con esa estúpida compasión, nacida de la burla y del desprecio.

—Pero el mal presente, la necesidad del momento, ¿cómo se remedian?—Te limitarás á aconsejar la paciencia al que se muera de hambre?

Las objeciones de mi amigo no tenían réplica: no había medio de rebatirlas.

Carlos continuó:

—Falta de relaciones, y por lo tanto de protección, ¿qué voy á hacer, pobre de mí, en lo sucesivo?

—Dios aprieta, pero no ahoga;—le contesté,—y por otra parte, yo, que me envanezco en ser tu amigo, no consentiría nunca que te murieras de hambre.—El día que te falte que comer, ven á buscarme, y si tengo un duro, la mitad será para ti.

El dulce llanto de la gratitud humedeció de nuevo los ojos del pobre cesante.

Yo, que sentía un verdadero deseo por saber cómo había recibido Julia la fatal noticia, pregunté á Carlos, quien exclamó con indecible entusiasmo:

—Julia continúa siendo digna de toda mi admiración. Cuando supo el triste estado á que quedábamos reducidos, no pudo evitar un movimiento de terror, pero fué una cosa instantánea: se repuso inmediatamente, y dirigiéndome su acostumbrada sonrisa, me dijo:

—«Dios abrirá camino... Dios, que no abandona á las tiernas avecillas, en medio de los rigores del invierno, no puede abandonarnos á nosotros.—Afortunadamente, yo disfruto de una salud cumplida, y puedo trabajar.—Dedicaré á hacer camisas una gran parte de la noche, y quiere decir que, aunque sea con algunas privaciones, iremos pasando hasta que consigas que vuelvan á colocarte. Lo que yo quiero es que no te apures, que no caviles, que no sufras, porque tu tranquilidad es lo que más me interesa, porque sin ti me moriría.»

—¿Qué te parece?—murmuró Carlos, ahogado por la más pura de las emociones.

—Lo que me ha parecido siempre,—repliqué sin vacilar.—Para mí es indudable que tienes en tu casa uno de esos tesoros que no es posible llegar á saber todo lo que valen.

Carlos lloraba como un niño, y cuando se retiró me dejó profundamente afectado.

El recuerdo de la precaria situación de mis amigos me persiguió mucho tiempo despues como una dolorosa pesadilla.

VI.

Siete meses, día más día menos, duró la cesantía de Carlos.

Reseñar los apuros y las privaciones de todo género á que, con heroica resignación, se sometió aquella desventurada familia durante el periodo de su mayor desgracia, sería una tarea muy difícil de llenar.

Pero no hay mal ni bien que cien años dure, y como Dios vela constantemente por todas sus criaturas, Carlos llegó á conseguir, por fin, lo que deseaba y lo que merecía.

Un título de Castilla, uno de esos hombres que saben hacerse respetar y querer, porque unen á una posición brillantísima inmejorables prendas morales, llegó á saber las desgracias y el mérito de mi amigo, y se propuso hacerle feliz.

Hace ya algún tiempo que el personaje en cuestión ha nombrado á Carlos su apoderado general, en una de las principales ciudades de Andalucía.

Mi amigo es hoy completamente dichoso.

En prueba de ello, y para concluir, voy á permitirte copiar algunos párrafos de una carta que me escribió Carlos algún tiempo despues de haber tomado posesión de su nuevo destino.—Hélos aquí:

«Tus pronósticos—me decía—se cumplieron. Si alguna vez las penas extraviaron mi razón hasta el punto de hacerme dudar de la Providencia, la Providencia se ha vengado haciéndome feliz: Dios no podía nunca dejar de ser grande, incomprensible y misericordioso.

«Te dire, para tu satisfacción, que en el día no le falta nada á mi felicidad ni á la de Julia, que, como yo, no puede olvidarte.

«Los niños, á quienes he puesto ya en un colegio, no cesan de preguntarnos por ti. Todos te saludamos y te queremos.

«Ven alguna vez por acá, y serás testigo de nuestra dicha.—Ven, persuadido de que te recibiremos con los brazos abiertos.»

Excuso decir que con el cambio de suerte de mis queridos amigos experimenté yo una verdadera alegría.

Aquel cambio vino á probarme una vez más que la divina mirada del Salvador del mundo no se aparta nunca del hombre honrado.

FRANCISCO DE LA CORTINA.

CASCABELES.

En la Exposición del Jardín Botánico llama la atención el retrato al óleo del malogrado fotógrafo señor Castro y Ordoñez, uno de los expedicionarios del Pacífico, que tan desastrosamente murió en esta corte.

Y á propósito, ¿ha recompensado de algún modo el Gobierno los trabajos de fotografía que en su viaje hizo aquel jóven, trabajos entregados por su desconsolado padre en el ministerio de Fomento.

Ya ven VV. cómo no se nota la falta del ministro de Hacienda, señor Alonso Martínez.

Cánovas le ha reemplazado, y todo marcha al reló. Está visto que aquí para ser ministro de cualquier ramo no se necesita más que el nombramiento y el sueldo.

Si mañana cambiaran todos los ministros de ministerio y O'Donnell pasara á Gracia y Justicia, y Bermúdez de Castro á Guerra, y Zavala á Fomento, y Cánovas á

Marina, y de Hacienda nombraran al estanquero de Alcorcon, todo seguiría en el mismo estado, y maldito si empeoraría la cosa pública.

Quieren suprimir una quinta parte de los empleados.

Cada uno de estos empleados debe luego pedir que le mantengan entre el ministro que le colocó y el que le deje cesante.

Creo que el Gobierno va á pedir el mejor día autorización para suprimir aquí á todo el mundo y quedarse solo.

Así no hablará nadie mal de los ministros, como no sea que hablen mal unos de otros.

Los pobres pensionistas de la Casa Real excitan, por medio de este periódico, ya que no el celo, la caridad del Administrador de la citada Real Casa.

La situación de estos infelices es tristísima.

¡Ojalá llegase nuestro periódico á donde nosotros quisiéramos, que entónces seguramente se remediaría la aflictiva situación de la honrada clase á que nos referimos.

Un periódico publica un anuncio que empieza así:
CURACION DE LA VEJEZ.

En este anuncio pide un caballero suficiente número de socios para poder comunicarles su invención.

Cosas se ven en el mundo pasmosas, pero esta curación de la vejez echa á todas la pata.

Deseamos que el inventor encuentre suficiente número de socios para ver unos cuantos viejos curados.

¡Admitirá viejas?... Estas harían la fortuna de quien las curase de la vejez.

Jeroglífico del número anterior.

Siempre entre dos partidos opuestos hay un abismo que los separa.

¡Qué desgracia!

En el Congreso oímos hablar frecuentemente de fusilamientos en tiempo de la Union liberal, de fusilamientos en tiempo de los moderados, de fusilamientos en tiempo de todos.

¡Pobre país, regado con sangre por las discordias políticas! ¡Qué rubor! ¡Qué conciencia tendrán los políticos?

Charadita.

La primera y la segunda es mi novia resalada, y aunque yo la hallé en la tierra, también en el cielo se halla; es un animal muy feo la tertia despues de cuarta, y otro animal hay muy útil en prima, que es una carta, con la tertia, que es la frase que entristece y desengaña; segunda y tertia quisiera para mi novia bizarra, pero díerale cuidados y el de nuestro amor le basta; y el todo es un caballero que se quema las pestañas en saber cosas que lejos, muy lejos del hombre pasan, de las que hay muchas sabidas, pero muchas ignoradas.

Segun dice *La Correspondencia* en uno de sus famosísimos partes telegráficos de Aranjuez, los ministros creen que la situación continúa con la mayor firmeza.

Los ministros creen siempre cosas muy raras. Verdad es que mirando las cosas desde un sueldo de 6,000 duros y 1,500 para coche, se ven las cosas de color de rosa.

El otro día se asustó la gente que iba en el tren á Aranjuez, porque se detuvo aquel.

Iban en él los ministros, y la gente pensó que estaba amenazada de muerte, y que el tren se iba á hacer añicos de un momento á otro.

Persora va á haber que cuando tenga que hacer un viaje, va á preguntar, ántes de tomar el billete en el despacho, si va en el tren algún ministro.

Á propósito; nada hemos dicho del atentado que dicen se preparaba dias pasados contra los ministros, porque no creemos que haya quien imagine semejante crimen, ni la pasión política ha llegado todavía por fortuna á convertir á hombres honrados en asesinos. Eso no puede suceder en España, donde son proverbiales la hidalguía y la generosidad. Ningun partido puede aquí apelar á ese recurso contra nadie.

En prueba de que el señor Alonso Martínez está de acuerdo con el ministerio, dice *La Correspondencia* que el otro día fué con los ministros á Aranjuez.

Yo creo que al fin y al cabo el señor Alonso volverá á ser ministro de Hacienda. ¡Qué diablitos! quien lo ha sido nueve ó diez meses ya puede serlo nueve ó diez años. Y despues de todo, más vale lo malo conocido que lo pésimo por conocer.

Con profundo pesar tenemos que rectificar lo que dijimos en el número anterior sobre haber sido puesto en libertad el ilustrado redactor de *La Democracia* señor Ramirez. No ha sido así por desgracia; el señor Ramirez continúa en la cárcel hasta la resolución de otras dos causas que tiene pendientes.

En el número próximo, el capítulo 3.º de *Enamora-*

dos, la continuación de *La Galería de Matrimonios*, un salto del caballo muy bonito, y lo que verá el curioso lector.

Á NUESTROS VALIENTES MARINOS DEL PACÍFICO.

HIMNO.

Gloria, gloria á los hijos de España que al chileno han sabido vencer. Del palacio á la humilde cabaña, gloria, gloria, resuene doquier. Españoles, dejad un momento la mezquina y bastarda pasión, y escuchando de gloria el acento, ved cuál ruge el altivo león.

Oíd, mortales, el grito guerrero que repiten las olas del mar; ya el insulto de un pueblo rastrero nuestra escuadra ha logrado vengar.

¿No los veis cómo surcan los mares coronados de gloria y laurel? ¿No los veis destruyendo los lares del peruano salvaje y cruel?

¿No los veis con arrojo atrevido sucumbir á los piés del cañón? ¿No sentís el horrendo estampido de convulsa y fatal explosión?

¡Viva España! Con santo ardimiento, y jurando vencer ó morir, nuestra escuadra en combate sangriento lauro eterno ha sabido adquirir.

Mendez Nuñez, Valcárcel, de gloria vuestro nombre cubierto esta ya; porque el grito de patria y victoria, asombrando á dos mundos está.

Guerra, guerra, gritará altanero el país que Pizarro rindió;

y el marino español, que es guerrero, guerra, dijo, y en guerra venció.

Gloria, gloria, á los hijos de España que al chileno han sabido vencer. Del palacio á la humilde cabaña, gloria, gloria, resuene doquier.

FAUSTO LOPEZ VELA.

IMPORTANTE.

Habiendo dejado de publicarse el periódico *El Amigo de las Familias*, hemos convenido con la empresa del mismo, para que los suscritores no sufran perjuicio alguno, servirles EL CASCABEL, hasta el vencimiento de sus respectivos abonos.

Á este efecto, rogamos á los de Madrid, que gusten recibir nuestro periódico en sustitución de aquel, tengan la bondad de presentarse en esta Administración con los oportunos recibos, para verificar las anotaciones correspondientes.

ANUNCIOS.

Nueva casa de cambio de billetes y monedas, á precios muy arreglados; calle de Preciados, núm. 4, tienda.

Se toman monedas de oro y plata por billetes del Banco, abonando un tanto convencional por millar.

ARTICULOS DE NOVEDAD.

Acaba de recibirse una linda colección de botones y adornos de

PASAMANERÍA Y CAMAFEOS,

así como un elegante y variado surtido de

REDECILLAS, CORBATAS, CINTURONES, BROCHES,

y una modesta cantidad de portamonedas de muy buen gusto.

Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

COMERCIO DE SEDAS.

CALLE MAYOR, NÚM. 50, CASA ESQUINA Á LA DE BORDADORES.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, Á CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.